

Dickens y la pedagogía: algunas perplejidades sobre la filosofía educativa victoriana

Rocío Orsi Portalo*

Resumen

La filosofía educativa del utilitarismo clásico fue criticada por razones muy similares, aunque por medios muy distintos, tanto por J. S. Mill como por Dickens. Frente a una concepción de la escuela que la convertía en un paso previo a la cárcel o la fábrica, Dickens propone un ideal educativo cuyo fin sería la felicidad de los individuos y la mejora real de sus condiciones de vida. Su estudio se aborda mediante su crítica a la doctrina pedagógica más influyente en el período victoriano, el utilitarismo de Bentham, y por otro lado mediante los personajes e instituciones que aparecen repetidamente en sus novelas, que son una parodia de la moral ascética que se enseñaba en las escuelas pero, sobre todo, en el seno familiar. Como conclusión, se muestra que las propias novelas de Dickens son un caso práctico de su proyecto educativo, pues enseñan fomentando la fantasía y la sensibilidad.

Palabras clave: Educación, utilitarismo, Mill, Bentham, Dickens, Ascetismo.

Dickens and Pedagogy: Puzzles on Victorean Philosophy of Education

Abstract

The pedagogical philosophy formulated by classical Utilitarianism was criticized by both Mill and Dickens because of very alike reasons even if through very different means. Against a conception of the school as the threshold of the factory or the jail, Dickens proposes an educative ideal aimed to secure the happiness of individuals as well as the actual improvement of their welfare. His survey is approached through a critic of the most influent pedagogic doctrine in Victorian age, Bentham's Utilitarianism, and, on the other hand, through the characters and institutions which repeatedly appear in his novels and which constitute a parody of the acetic morals learned in the schools but, overall, within the family. As conclusion, it is shown that Dickens' own novels are a practical case of his educative project, as they teach promoting fancy and sensibility.

Keywords: Education, utilitarianism, Mill, Bentham, Dickens, Ascetism.

* Professor Doutor da Universidad Carlos III de Madrid, Madrid, Espanha.

Educación y autocrítica

En estas páginas voy a ocuparme de la filosofía educativa que puede encontrarse en algunas páginas memorables de Charles Dickens, y voy a tratar de mostrar que cierta forma de reflexión, aunque no se presente de manera explícita como filosofía, puede constituir una herramienta irrenunciable en la formación de los individuos y una pieza fundamental en su búsqueda de la felicidad.

La novela en el siglo XIX no es un bien elitista sino un fenómeno ampliamente difundido por una clase media que ejerce una influencia cada vez mayor en la vida pública, de modo que es también un vehículo inmejorable para la transmisión de ideas, tanto de aquellas que sirven al fin de reproducir o incluso santificar los esquemas de pensamiento tradicionales, como de aquellas que se postulan como instrumento privilegiado para que la sociedad reflexione sobre sí misma. Lo que creo que resultará evidente al final de este ensayo constituye una tercera vía entre ambas alternativas: que la mirada del gran escritor victoriano fue tan perspicaz que el conjunto de su obra conforma, paradójicamente, una de las críticas más agudas y demoledoras de la moral victoriana cuyo espíritu representó y en buena medida lisonjeó. Así, la de Dickens fue una crítica tan bien urdida que, pese a su mordacidad, hizo las delicias de los propios sujetos que eran su diana – incluida por cierto la propia reina Victoria. Dickens fue un personaje entrañable y querido, ampliamente leído y respetado en todos los estamentos: uno de los mejores retratistas de la sociedad victoriana, uno de sus más cumplidos representantes y uno de sus críticos más lúcidos. Que la carga crítica de sus escritos no menoscabara su popularidad muestra el éxito de su peculiar filosofía educativa: Dickens defiende que la educación y el aprendizaje no pueden prescindir del sentimiento y el deleite, y lo defiende, ¡no podía ser de otro modo!, mediante la creación de un universo exuberante de sentimiento y deleite.

Dickens y la pedagogía utilitarista: lo que se aprende en la escuela

Dickens es el principal novelista de la era victoriana, aquellas décadas que recorren todo el siglo XIX desde los años 30 y que vieron el florecimiento del imperialismo y la revolución industrial (aunque en buena medida también científica y cultural) británicos. Inscritas en este contexto de tránsito epocal, el aspecto que las novelas de Dickens critican con más fuerza es la precariedad educativa. Los niños y las escuelas son la única esperanza que para la mejora de las condiciones de vida y la felicidad puede concebir un país y, dada su intensa veta educativa, en sus novelas incluye numerosos personajes infantiles y no son pocas las escuelas que aparecen retratadas – muchas además como escenario u origen de la corrupción social. La felicidad y la virtud se encuentran entonces lejos de la prosperidad y, significativamente, también lejos de las escuelas. Así, Dickens critica algunas de las más sólidas instituciones de su tiempo mostrando tanto su ineficacia como su contribución a la injusticia, la

infelicidad y la opresión de los más débiles. Encontramos minuciosas descripciones de instituciones educativas vitales como el orfanato y la escuela, pero también de otros lugares destinados a la “redención” social como los tribunales de justicia, las fábricas, las prisiones o el Parlamento, órganos que hacen funcionar un espacio público (de todos) donde triunfa la incompetencia y el clientelismo: un espacio público que está, en realidad, ofuscado por los intereses (o desintereses) privados.

Pero la crítica de Dickens se abre paso por medio de fórmulas irónicas: en sus artículos periodísticos, cartas e incluso en sus propias novelas *declara* defender las instituciones, manifiesta su más ferviente lealtad al gobierno, a la Iglesia y a los tribunales. Pero esta explícita connivencia con las instituciones convive con narraciones en las que aparecen ridículas, inoperantes, absurdas o crueles. Su desconfianza de las instituciones – y del reformismo institucional utilitarista, como ahora veremos- es una consecuencia de su fe en el individuo y, precisamente por eso, el único organismo en cuyo seno puede éste prosperar es la escuela y la familia: en definitiva la educación. Aunque en obras como *Hard Times* o *Nicholas Nickleby* la escuela aparece como una antesala de la fábrica o de la cárcel, una encarnación del egoísmo capitalista y un nicho donde sepultar la esperanza de los individuos, también será el refugio de la sencillez doméstica y la paz social, como lo es la escuela rural a la que acude Pip antes de concebir sus grandes expectativas – y que tan diferente es de aquella a la que acude después para convertirse en un *gentleman*.

Pero veamos qué relación guarda Dickens con algunos de los ideólogos que más influyeron en las instituciones y doctrinas educativas victorianas: Bentham y Mill. Entre Mill y Dickens se da una estrecha afinidad intelectual que se concreta en una concepción similar de la felicidad y del valor del individuo y que, explícita en Mill e implícita en Dickens, es iluminadora de toda su filosofía educativa. Como Bentham, en Mill destaca su vocación reformista, su esfuerzo por encontrar fórmulas de mejora social. Sin embargo, las preocupaciones de Mill, alejadas de los grandes proyectos que promulgó su padrino, se centran en la defensa de las libertades individuales: en cómo mejorar las condiciones materiales y espirituales de los hombres (y las mujeres!) y en cómo mejorar sus circunstancias externas e internas para el logro de la felicidad individual: por eso la educación es tan importante para ambos pensadores. Aunque, si bien ambos coinciden en su crítica a los principios educativos utilitaristas,¹ el utilitarismo contra el que escribe Dickens no es principalmente la doctrina clásica de Bentham y Sidgwick, sino más bien la forma que adoptaron algunos de los discursos inspirados en una estilización irreconocible y sesgada de sus principios. Esta versión mostrenca del utilitarismo sigue el esquema de la doctrina clásica según el cual el principal objetivo de toda acción racional ha de ser la maximización de la utilidad (o del placer, entendido de un modo simplista), pero descuida la vocación benefactora que la doctrina de Bentham tenía² y que la hizo interesante a los ojos de Mill. De ese modo, en lugar de servir de respuesta al empobrecimiento, la injusticia y la desmoralización que la Revolución Industrial

Rocío Orsi Portalo

había llevado a las hipertrofiadas urbes británicas, la pedagogía utilitarista vulgarizada se alió con ese capitalismo desalmado y voraz cuyas factorías debía nutrir de trabajadores y proteger de malhechores. De ahí que la diatriba que Dickens dramatiza no se dirige contra los autores que encabezan la revolución intelectual del *laissez faire*, sino contra los *policy-makers* de la sociedad inglesa de su tiempo: hombres que, como E. Chadwick,³ aplicaron las doctrinas utilitaristas al gobierno con dudosos resultados.

No pretendo sostener que la filosofía de Mill haya influido directamente sobre la novela de Dickens: más bien diremos que el énfasis de este último en el valor de la educación para la mejora global de la sociedad está inspirado en Carlyle, pues sabemos que admiró profundamente a este hoy casi olvidado pensador que fue, precisamente, quien introdujo el pensamiento de Schiller en el mundo anglosajón.⁴ Sin embargo, también en Dickens puede encontrarse algo parecido a la defensa de una “democracia moral” tal como Mill la entiende a partir de Tocqueville. Ambos dirigen toda su atención al individuo y, dado su interés común por la felicidad y la justicia social, defienden una mejora generalizada de la educación en un sentido amplio – no como adiestramiento gremial sino como formación moral- para asegurar el desarrollo autónomo y la felicidad de los sujetos.

Así, en *Hard Times* (1854) Dickens cuenta la historia de una familia educada en la más estricta fe utilitarista y positivista cuyo cabeza de familia, Mr. Gradgrind, tiene una escuela basada en esa pedagogía consagrada a la fanática persecución de *hechos*. Al final de la novela se muestran sus funestas consecuencias, pues conduce a la paradójica situación de que, en lugar de aumentar la felicidad total o agregada,⁵ solo procura una desdicha triste y desoladora. Louise, la hija de Gradgrind, se lamenta de su espíritu malogrado, estragos que son más evidentes en su hermano, incapaz siquiera de advertirlo.

Pues bien: la conversión del fracasado maestro utilitarista al final de *Hard Times*, que se produce cuando toma conciencia de que su austera pedagogía solo ha producido infelicidad o inmoralidad, o la propia crisis de Louise, pueden considerarse trasuntos literarios de la crisis que narra Mill en su *Autobiografía* y que le llevó a repudiar ese “puritanismo intelectual”, por tomar la expresión de Isaiah Berlin, a que le condenó su padre desde su infancia. El rechazo de la fantasía, de la poesía y de toda expansión sentimental son elementos que comparten tanto la pedagogía del padre de Mill, adepto al credo benthamita, como los discursos caricaturizados de Gradgrind y Bonderby. Al igual que Gradgrind, Mill confiesa que su experimento educativo, lejos de convertirle en un sujeto “útil”, le condujo a un estado de infeliz nihilismo espiritual, a una pérdida general del sentido de la vida del que solo se recuperó mediante la lectura de... ¡Wordsworth!

La correspondencia entre las intuiciones pedagógicas de Dickens y Mill es bastante sorprendente y, como decía, su punto de mayor acercamiento

es la exaltación del individuo, un interés explícito en casi todos los escritos de Mill. Podemos inferirlo en Dickens de la manera en que trata a cada uno de sus personajes: de la descripción detallada de las circunstancias concretas y de los detalles relevantes de cada una de las vidas que pueblan sus narraciones. Por eso, en *Poetic Justice* Martha Nussbaum considera que en *Hard Times* la forma literaria está al servicio de una crítica radical a la aritmetización del bien propugnada por los filósofos utilitaristas. Y el rasgo más determinante de esa forma es el delicado interés, la ajustada precisión, la conmovedora descripción de los detalles (justo lo que Mill encontraría en Wordsworth) que posibilitan un juicio justo e imaginativo de los personajes y una comprensión adecuada de sus circunstancias. Un lenguaje cuya prolijidad y fantasía atraen la atención hacia los personajes en tanto que individuos, y despiertan un interés empático por el curso de sus vidas, por sus peripecias particulares. Lo que hace la novela al recrearse en seres concretos es *mostrar* que esos individuos que para los parlamentarios de la época no constituían sino números, entes abstractos, criaturas invisibles, en realidad están dotados de un valor único e irreducible.

Contra la educación ascética: lo que se aprende en familia

Y es que, paradójicamente, Dickens toma, al igual que Mill, lo mejor del utilitarismo de Bentham. Una de las innovaciones más interesantes que incorpora Bentham al pensamiento moral es el rechazo de uno de los principios básicos del calvinismo puritano: su propuesta de poner la felicidad general, el bienestar común o la (con razón denostada) utilidad en el centro de su interés constituye una forma de hedonismo antiascético, revolucionario si se tiene en cuenta que se propone en el momento de máximo esplendor del capitalismo.

También en sus artículos y libros Mill realiza una crítica sistemática a la sociedad burguesa compuesta de individuos centrados en sus negocios e indiferentes tanto a la justicia como a su propia mediocridad. Por su parte, Dickens lleva a su máxima expresión la crítica al ideal calvinista de sacrificio y a la hipocresía victoriana fomentada en el seno de las familias burguesas en sus famosos retratos de villanos y en sus muchos personajes atormentados: son los avaros, los ascéticos comerciantes y los rígidos moralistas, los oportunistas y laboriosos advenedizos así como los religiosos hipócritas quienes representan el peor papel en sus novelas y en la sociedad, peor que el que desempeñan los rebeldes y hasta los criminales, a quienes Dickens nunca negará un guiño de comprensión. Es la próspera clase media, con sus remilgos puritanos, su indiferencia por el vecino y su codiciosa voluntad acaparadora la que ofrece la lección moral primordial del mundo literario dickensiano. Esa clase media -el conjunto de sus lectores- será el blanco de una tan virulenta como discreta transvaloración valorativa.

Hay un "tipo" de personaje que aparece en prácticamente todas las novelas de Dickens: se trata de criaturas idealizadas, generalmente mujeres o niñas rebosantes de virtudes domésticas, de inocencia y de abnegación, cuyo

exagerado sentimentalismo ha contribuido a hacer de Dickens un autor a la vez tan popular y tan denostado por la crítica post-victoriana. Pero todo el genio creativo de Dickens se vuelca verdaderamente en la invención de personajes que le son del todo opuestos a esos seres sosos y angelicales: son los villanos, los seres malévolos o sencillamente mediocres contra los que tiene que imponerse la virtud pura y sencilla de las Biddy, las Amy Dorrit, las Agnes, las Lizzie, las Lucie Manette y las *little Nell*. Que el talento creativo de Dickens se muestre con toda su vitalidad en los indeseables no obedece solo a una cuestión de gusto: aunque menos explícita que su crítica a las ideas educativas utilitaristas, aquí se encuentra una de las más lúcidas revisiones de la sociedad de su tiempo y, por supuesto, una de las claves para entender su complejo universo literario. Y ocurre especialmente con ciertos tipos de malvado que, mediante la caricatura, consiguen mostrar como auténticos vicios algo que la sociedad inglesa de su tiempo consideraba como las más excelsas virtudes: me refiero fundamentalmente a las cualidades del hombre de negocios, al ascetismo calvinista que, como después mostró Max Weber, está en el origen del espíritu del capitalismo y de toda su “filosofía de la avaricia”.

Ese “espíritu del capitalismo” sería, por trazar un paralelismo con uno de los cuentos más conocidos de Dickens, precisamente lo contrario del “espíritu de la navidad” que convirtió al malvado Scrooge de *A Christmas Carol* en un hombre menos rico y más feliz. El viejo y siniestro Scrooge representa, al principio del cuento navideño, el ánimo acumulador que concentra todos sus esfuerzos en el aumento del capital. El del capitalista no es un mero *modus vivendi* interesado y egoísta: la mentalidad capitalista se conforma como resultado de una *educación* cuidadosa, caricaturizada en la escuela ya mentada de Gradgrind. Y dicha mentalidad tiene, además, una vocación moral específica: no en vano el ideal calvinista de la dedicación a la propia profesión y la sistemática persecución de la prosperidad material conforma una determinada concepción del deber y de la virtud. El beneficio económico se convierte, de manera paradójica, en un bien dotado de un valor intrínseco, un bien en sí y no un mero medio para la consecución de algún otro fin como la comodidad, el bienestar, la salud o cualquiera de las demás cosas (casi todas) que se pueden comprar con dinero. El buen capitalista, por tanto, es un individuo ascético, y su pasión por acumular se agota en sí misma: como *l'art pour l'art*, al buen capitalista le gusta el acopio por sí mismo. En este feo vicio de la avaricia la sociedad victoriana encuentra la mayor virtud. Ya se sabe: vicios privados, virtudes públicas.

El epítome de este espíritu capitalista es el avaro, que lleva a sus últimas consecuencias la virtud ascética: obsesionado por maximizar las ganancias y minimizar las pérdidas estima que cualquier gasto, si es evitable, entonces *debe* ser evitado. La virtud ascética es egocéntrica e incompatible con otras como la generosidad, la simpatía o la caridad. Pero no solo es indiferente al bienestar ajeno, sino que lo es también al propio. Antes de su conversión, el avaro Scrooge vivía de forma huraña y miserable: no gastaba ni siquiera para calentarse, y una de las primeras cosas que hace cuando se recupera de la

visita de los espectrales espíritus de la navidad es comprar un buen saco de carbón.

La figura del avaro reaparece en la última novela que terminó Dickens: *Our Mutual Friend*. Su trama gira en torno a un gran montón de basura: es el resultado de años y años de acumulación por parte de un basurero que vivió y murió miserablemente, sin nadie a quien dejar su herencia salvo un misterioso joven, el único y esfumado objeto de cariño que ha tenido en su vida, y sus buenos criados. El avaro es, pues, el gran ausente del libro. Sin embargo, el buen criado que se ha enriquecido al recibir la herencia del basurero – el gran montón de basura – finge convertirse él mismo a su vez en un avaro. En la paradójica denominación “el basurero de oro” se cifra la profunda contradicción de la obsesiva ética del acumulador. El odio que suscitan sus avaros, y la soledad a que se ven condenados, muestra que el individuo razonable – el que se educa en la lectura de novelas – prefiere la felicidad a la mera posesión y valora más las por así decir virtudes sociales o cooperativas que las competitivas o antisociales.

Pero junto al clásico avaro se pueden contar otros muchos personajes que padecen, cada uno a su manera, las consecuencias de una moral pecuniaria y acética. Tenemos, por ejemplo, el caso del ludópata en *The Old Curiosity Shop*: un abuelo y su nieta vagabundean huyendo del malvado (y avarísimo) Quilp, un enano repugnante y maligno que se ha apoderado de sus bienes en cobro de las deudas que el viejo había contraído por sus “inversiones” en lunáticas partidas de naipes. El abuelo vive bajo el influjo obsesivo del dinero: pretende ganar grandes sumas por medio del juego. Por eso no puede decirse que le anime el espíritu de la avaricia del puritano capitalista: no se confía al esfuerzo, sino al azar, ni pretende acumular, sino rescatar a su pequeña Nell del sufrimiento y la miseria en la que irremisiblemente la hunde. Pero es la aversión a la pobreza y la necesidad acuciante de dinero lo que destruye el carácter noble y abnegado del viejo y la sencilla felicidad en que vivía con su nieta, una felicidad simple pero otrora sólida, construida al amparo de la polvorienta tienda de antigüedades.

Otro subproducto interesante de esa moral ascética y mercantil que está en el punto de mira de Dickens es el derrochador, el mejor contrapunto del avaro. Aunque son muchos los célebres morosos, hay dos especialmente conspicuos, a saber: Micawber, de *David Copperfield*, y el señor Dorrit de *Little Dorrit*. Ambos están revestidos de trazos cómicos y amables. Los dos se convierten en habitantes veteranos de la cárcel para morosos de Marshalsea, prisión que el propio padre de Dickens visitaría de forma prolongada y que dejaría una huella indeleble en el escritor.

Este par de derrochadores, Micawber y Dorrit, muestran con sus vidas lo que la sociedad es capaz de hacer con aquellos que no actúan de acuerdo con las máximas ascéticas. Pues, efectivamente, por más que ambos personajes

son a su manera redimidos, en los dos casos el respiro les llega no exento de ambigüedades. En *David Copperfield* el jovial Micawber, su digna esposa, su extensa prole y hasta el propio David se acostumbran a empeñarlo todo para conseguir unos ingresos que enseguida vuelven a gastar, de tal manera que pasan su vida en un estado de permanente precariedad que, sin embargo, no termina con su buen humor ni con sus grandes esperanzas. Esperanzas que al final del libro se ven colmadas con el nombramiento de Micawber para una magistratura en Australia. Su redención es feliz y segura, pero se produce necesariamente *fuera* de Inglaterra. Por su parte, el señor Dorrit había aterrizado en Marshalsea por un período breve, pero termina acostumbrándose a hacer cotidianamente pequeñas y oportunistas ganancias para sobrevivir y que le ayudan a convertir la prisión en su morada habitual. La privación de libertad se vive, pues, como una condición inevitable: su mujer muere en la cárcel y Amy ha nacido y se ha *educado* allí. También con el tiempo les llega a los Dorrit el alivio en forma de una herencia inesperada, pero este no es el final feliz de la historia: tras un período en que los Dorrit disfrutan de su golpe de suerte, el señor Dorrit pierde la cabeza y acaba recayendo en los hábitos pedigüños y de ganapanes de cuando vivía en la prisión.

La de Marshalsea es esa gran prisión donde se recluye a quienes no se avienen a la moral de negocios que reina en su mundo y de la que solo lograrán escapar con importantes “pérdidas”. Estos y otros personajes muestran que el espíritu del protestantismo entraña una ética perversa, un conjunto de obligaciones indiferente tanto a la felicidad propia como a la ajena y cuyas consecuencias son desastrosas para la sociedad en su conjunto. La educación moral que nos brindan las novelas tiene, por tanto, que esforzarse en construir una moral alternativa sensible a la felicidad de los individuos.

Hay más personajes que encarnan ese espíritu comercial y utilitarista del capitalismo en su versión más siniestra: se trata de los moralistas que creen en sí mismos y que, en una terrible e irónica inversión de la moral mefistofélica, pretendiendo practicar el bien, solo consiguen el mal. Aquí destacan los hermanos Murdstone, comerciantes de vinos de Murdstone & Cía en *David Copperfield*. El pequeño David vive una infancia inocente y feliz hasta que el nuevo marido de su madre se encarga de su educación, sombría tarea que abraza con un rigor tan innecesario como doloroso, con el resultado de expulsar todo atisbo de alegría de su hogar. También el orgulloso Dombey de *Dombey and Son* lleva tan lejos su credo en la moral mercantil que causa la ruina de los suyos y, con ello, su propia infelicidad.

Y, por supuesto, junto al moralista convencido hay que situar al moralista hipócrita: como señaló Wilson siguiendo a Marx, es un fenómeno propio del capitalismo la aparición de figuras que median entre oprimidos y opresores, de tal manera que estos últimos consiguen, por un módico salario, evitarse la molestia de dar la cara ante los explotados. Este es el papel que desempeña el prestamista Fledgeby de *Our Mutual Friend*, quien atribuye al buen judío Riah su

inflexible usura, o Planks, el agente que en *Little Dorrit* se encarga de cobrar una renta abusiva a los habitantes de Bleeding Heart Yard; y en *David Copperfield* este papel lo desempeña Spenlow, portavoz de un supuestamente implacable Jorkins que no aplica quitas ni posterga plazos.

La atenta y cuidadosa descripción de los personajes que actúan aplicando rígidamente las normas y valores apreciados por la sociedad en que vive Dickens, y el fracaso rotundo tanto desde un punto de vista de la felicidad personal como de la felicidad del conjunto de la sociedad que se sigue de dicha rigidez normativa, *muestra* que dichas normas y valores encierran una tensa paradoja. Avaros como Scrooge y el basurero; hombres de negocios sin escrúpulos como Quilp y su procurador; el bienintencionado pero patético abuelo de Nell, siempre a la caza de ganancias fáciles, y los tahúres que lo despluman; el orgulloso de Dombey y su preocupación exclusiva por sacrificar en el altar de su ideal mercantil la felicidad de todos; los moralistas hermanos Murdstone, con su falsa benevolencia que, como la de Pecksniff en *Martin Chuzzlewit*, camufla mal con bien; oportunistas advenedizos, egoístas y sin escrúpulos como los hermanos varones de las buenas Lizzie Hexam y Louise Gradgrind, de *Our Mutual Friend* y *Hard Times*; la perversa y atormentada señora Clenam, de *Little Dorrit*, una mujer desprovista de afectos y de alegría, torturada por una vieja culpa y preocupada obsesivamente por la marcha de sus negocios: todos ellos son individuos pertenecientes a una clase media próspera que, absorbidos por su ansia de ganancia, siembran su propia infelicidad y aseguran la de los que les rodean. Todos ellos podían ser, en definitiva, retratos aproximados y veraces de sus lectores o de sus allegados más próximos.

Estos son algunos de los más famosos personajes “dickensianos”, que actúan bajo la influencia maligna del acaparamiento de poder y la acumulación de dinero, pero terminan fracasados o, en el mejor de los casos, convertidos. Por medio de estas narraciones del fracaso a que conduce la más rígida moralidad Dickens acusa a la floreciente clase media inglesa, enriquecida a costa del sacrificio y la ambición, de terminar con toda la alegría de vivir. Una alegría que Dickens pinta en las humildes tabernas que jamás frecuentan los austeros y desdichados moralistas victorianos.

La educación: una peripecia moral

Como enseña de forma magistral el caso del avaro Scrooge o el despertar de Gradgrind de su sueño utilitarista, la mente de Dickens huye progresivamente de las concepciones unilaterales: a medida que avanzan los años se muestra cada vez más capaz de integrar en un único personaje, en una única casa o circunstancia, los elementos negativos y positivos que pertenecen a los dos mundos enfrentados, dos mundos que pese a todo no dejan nunca de existir. Dickens no cree, como harían los tradicionalistas de su tiempo, en la maldad radical del hombre y, como Mill, encuentra en el carácter falible de todas las opiniones humanas la fuente misma de su valor: al contrario que la tragedia

Rocío Orsi Portalo

clásica, donde un personaje mantiene su carácter y su decisión inalterable a pesar de que el cambio de su entorno provoque su ruina, en sus novelas lo que cambia principalmente es el personaje: su carácter, sus afectos, su manera de estar en el mundo. La peripecia, el desenlace, es psicológico y moral.

El hombre no es, pues, un ser caído y por tanto nunca ha de perder la esperanza en una transformación redentora. El ser humano no está corrompido ni natural ni radicalmente: hay una esperanza incluso para los sujetos más confundidos, como Dombey y Gradgrind; incluso para los más malignos como Scrooge. Por eso es tan importante la educación en el pensamiento de Dickens: porque es ahí donde reside la esperanza de mejora individual y social. Y por eso, también, la filosofía educativa de Dickens se expresa por medio de la descripción y la narración de peripecias y no en las duras líneas de un tratado filosófico: porque se sabe el medio más efectivo de contrarrestar los absurdos a que conduce la pedagogía utilitarista en boga en la sociedad victoriana.

En este sentido, espero que rescatar a Dickens en el contexto de la filosofía educativa victoriana sirva para alertar sobre algunas derivas peligrosas en nuestras propias políticas educativas, muchas veces excesivamente sesgadas por planteamientos tecnocráticos y neoutilitaristas; que nos haga reflexionar sobre la necesidad de entender la educación de una manera global como un medio para desarrollar las facultades cognitivas y emotivas de todos los seres humanos en su inagotable individualidad, y como un medio, en definitiva, para hacernos no solo más sabios, sino también y sobre todo más justos y más felices.

Referência

BENTHAM, J. (edición de J. M. Colomer). **Antología**. Barcelona: Península, 1991.

_____. **A Fragment on Government**. C. U. P., Cambridge, 1988.

_____. **Chrestomathia**, Clarendon Press, Oxford, 1983.

BERLIN, I. John Stuart Mill and the Ends of Life, In: Gray, J. y Smith, G. W. (Eds.). **On Liberty in focus**. Routledge, Londres/Nueva York, p. 131-161. 1991.

CERNUDA, L. **Pensamiento poético en la lírica inglesa del siglo XIX**. Madrid: Tecnos-Alianza, 2002.

DICKENS, Ch. **The Complete Works of Charles Dickens**. Londres: Richard West, 1989.

GALVÁN, F. "Introducción" In: Dickens, Ch., **Tiempos difíciles**. Madrid: Cátedra, 2005.

HIDALGO, P. La novela victoriana, 1840-1880, In: J. A. Álvarez Amorós (editor-coordinador). **Historia crítica de la novela inglesa**. Salamanca: Ediciones Colegio de España, 1998.

HIDALGO, P. Introducción In: Dickens, Ch. **Historia de dos ciudades**. Madrid: Cátedra, 2002.

LEAVIS, F. R. *Hard Times*. An Analytic Note. **The Great Tradition**. Harmondsworth, Penguin, p. 258-283. 1972.

LEPENIES, W. **Las tres culturas**. México D. F. Fondo de Cultura Económica. 1995.

MILL, J. S. **Autobiografía**. Madrid: Alianza, 1986.

_____. **El utilitarismo**. Madrid. Alianza, 1984.

_____. **Sobre la libertad**. Madrid: Alianza, 1984.

MONTOYA, J. La renovación del utilitarismo y la idea de libertad en John Stuart Mill. In: Villacañas, Ed. (2002). **Filosofía del siglo XIX**. Madrid: Trotta, p. 237-259, 2002.

NUSSBAUM, M. **Love's Knowledge. Essays on Philosophy and Literature**. N. Y. Oxford University Press, 1990.

_____. **Justicia poética**. Barcelona: Andrés Bello, 1997.

WEBBER, M. **La ética protestante y el espíritu del capitalismo**. Península, Barcelona: 1995.

WILSON, E. Los dos Scrooges. In: **La herida y el arco**. México D. F. Fondo de Cultura Económica, 1983.

Notas

¹ Mill dedicará un ensayo sobre esta cuestión a Bentham, titulado precisamente *Bentham*.

² Aunque como reformador social y pedagógico Bentham fue torpe, no era indiferente al bienestar de los desfavorecidos: su sistema educativo, la *chrestomathia*, se proponía dar una oportunidad a todos los jóvenes proporcionándoles herramientas para que desarrollasen una carrera profesional que se adaptara a sus aptitudes (*Chrestomathia*, p. 19-20, 25-26).

³ Amigo de Bentham, contribuyó a la aplicación de las doctrinas utilitaristas a la sociedad y se consagró con especial entrega a la reforma sanitaria de Inglaterra. No obstante, su fanático proceder le valió convertirse en una caricatura del reformista benthamiano.

⁴ *Hard Times* está dedicada a Carlyle e inspirada en sus críticas al espíritu mercantilista de la era industrial.

⁵ La máxima ilustrada que pontifica que hay que lograr la "mayor felicidad para el mayor número de personas" se debe Bentham (1988, p. 3).

Correspondência

Rocío Orsi Portalo – Universidad Carlos III de Madrid, Facultad de Humanidades, C/ Madrid, 126 28903 Getafe (Madrid), España.

E-mail: rocio.orsi@gmail.com

Recebido em 11 de fevereiro de 2012

Aprovado em 11 de abril de 2012